

La Ciudad como epicentro del conflicto y el cambio social

Carlos Zeller¹

El director de cine uruguayo Rodrigo Plá presentó hace ya una década su película de ficción *La zona*, un largometraje de coproducción argentino-mexicano-español que, sin embargo, también se puede ver cómo un minucioso documental sobre la estratificación social y la fijación en el espacio urbano de las desigualdades sociales en una ciudad mexicana que podría ser cualquier otra urbe de América Latina. La película describe una historia de transgresiones múltiples que tiene como escenario un condominio de élite (una urbanización cerrada, homogénea socialmente, aislada del tejido urbano y en donde supuestamente prevalece la seguridad), que es una de las formas urbanas que más rápidamente se han expandido por toda América Latina en las últimas cuatro décadas.

La zona supuestamente resguarda a sus habitantes de las inseguridades y violencias urbanas que pautan la vida cotidiana, pero a su vez es expresión de una violencia social radical al construir una geografía urbana definida por espacios (barrios) definidos por el estatus socio económico de sus habitantes. Las fronteras son nítidas y algunas de ellas están búnquerizadas por sistemas de vigilancia y seguridad sofisticados, en tanto que otras lo están por el abandono social, la marginalidad urbana y las múltiples violencias que surgen en este contexto. Las oportunidades difieren radicalmente dependiendo de en qué parte de la frontera se esté; las trayectorias sociales se definen en gran medida a partir de la localización urbana que es coincidente con la posición de clase social.

Esta evolución socio urbana, tan característica de América Latina, la podemos ver también en países de capitalismo avanzado. La ciudad miseria, prevalente en el Sur Global, es en donde vive una gran parte de la población mundial. Pero incluso estas

¹ Periodista y Sociólogo. Miembro del *Observatori del Conflicte Social*. czeller@hotmail.com



ciudades miseria que crecen imparablemente en todo el planeta no son el eslabón más bajo del hábitat socio urbano. Las poblaciones que viven literalmente en la calle, en la vulnerabilidad más absoluta y sin espacio de socialización, ocupan cuantitativamente un lugar mucho más acotado pero están presentes en la mayoría de urbes del Sur Global, aunque quizá es en Bombay donde alcanza una dimensión más dramática. Los colectivos que acaban teniendo la calle como lugar de vida desarrollan diversas estrategias de supervivencia, pero en todas éstas, obligadamente, aparecen todas las formas de transgresión y las manifestaciones de la cultura de la violencia, que mayoritariamente se orienta sobre el propio cuerpo social en una dinámica autodestructiva.

En los países de capitalismo avanzado la ciudad se ve sometida a intensas dinámicas especulativas, a continuos procesos de expulsiones de grupos sociales de espacios urbanos que son convertidos en un botín a capturar por un capital cada vez más globalizado. En Barcelona, por ejemplo, la recuperación del mercado inmobiliario está protagonizada por el capital globalizado, grupos de inversión, que lideran las operaciones de compra-venta de viviendas. La terciarización de la economía crea empleos urbanos pero al mismo tiempo hace imposible el acceso a una vivienda para la mayoría de estos trabajadores. La ciudad de Barcelona constituye, desgraciadamente, un “laboratorio social” de esta dinámica. La expansión de la industria del turismo ha creado decenas de miles de empleos que se remuneran mayoritariamente por debajo de 10 euros la hora; y en algunos nodos claves –tal y como es la limpieza de hoteles– el salario más frecuente oscila alrededor de 5 euros la hora. Se necesita fuerza de trabajo en la ciudad, pero ésta no puede ofrecer vivienda a los mismos trabajadores. Una contradicción que se resuelve vía mercado (desplazando a las personas hasta donde sea posible para encontrar un hábitat adaptado a su pauta salarial), o vía arreglo grupal (creación de formas de hábitat compartido –el mal llamado piso patera, es la principal pero no la única–, o la invención de formas de “vivienda” que aseguran cobijo en un momento determinado

(la ocupación de una furgoneta o de vehículos abandonados, entre otras). De alguna manera, se reinventa continuamente la forma de integrar trabajadores que ocupan hoy parte del espacio que tenían los trabajadores industriales de etapas anteriores del capitalismo.

La ciudad, sin embargo, también es el lugar de construcción de solidaridades, de defensa de los bienes comunes y del espacio público. Como producto de la continuada urbanización a escala global, cada vez más las desigualdades que afectan a la mayoría de la población mundial se producen en las ciudades, en sus áreas metropolitanas o en las grandes aglomeraciones urbanas; esto es lo que Bernardo Secchi denomina “la nueva cuestión urbana”. Es en las ciudades donde las desigualdades pueden ser pensadas políticamente y combatidas desde la energía social y la voluntad e imaginación política de la ciudadanía y de los grupos sociales comprometidos con la democratización del sistema de sociedades.

***La ciudad de los ricos y la ciudad de los pobres.* Bernardo Secchi. Catarata, Madrid, 2015.**

El trabajo de Bernardo Secchi puede leerse como un manifiesto póstumo sobre el lugar que ocupa la ciudad en la expansión de las desigualdades y el rol que tiene el urbanismo en expandirlas, en acotarlas o eliminarlas, según sea su orientación. El autor es un prestigioso urbanista y arquitecto que durante décadas se dedicó a pensar la ciudad y sus múltiples relaciones con la sociedad y la economía. La estructura del libro es sencilla y se articula sobre un conjunto de textos tan breves como sugerentes. La economía expresiva con que está escrito lo lleva a formular desde la primera página y sin preámbulos sus tesis centrales.

Secchi concentra su análisis en el desarrollo histórico de la ciudad en los países del centro del capitalismo. Señala que prefiere adoptar este punto de observación para revisar las tendencias recientes a fin de aislar (a efectos de análisis) formas más



extremas de organización social de la vida urbana, como pueden ser las villas miserias o los *slums* asiáticos. Nos advierte sobre las significativas diferencias de las grandes ciudades que alcanzaron su punto máximo de desarrollo en el siglo XIX de las que lo hicieron en el siglo XX; es la tradicional distinción entre París y Nueva York que, sin embargo, abarca una gama mucho más amplia de formas urbanas.

A pesar de todas estas diferencias, ve una línea de continuidad en el presente que da sentido a su expresión “nueva cuestión urbana”. Secchi afirma que en las principales ciudades y áreas urbanas de Europa está surgiendo lo que llama “una topografía social cada vez más contrastada”. La nueva cuestión urbana se conforma así principalmente con las diferencias y desigualdades que surgen en la ciudad y que dan lugar a nuevas formas de “injusticia espacial”. También afirma que en momentos de graves crisis, que cambian las estructuras de la economía y de la sociedad, la cuestión urbana vuelve al primer plano. La Gran Recesión y las dinámicas de todo tipo que ésta está produciendo confirman esta tesis. Lo que esta crisis está haciendo visible es la localización espacial de la gran regresión social. La crónica de los impactos sociales de los planes de ajuste en Europa del Sur muestra con dramatismo lo que en las ciudades cualquier persona puede ver: que las distancias sociales son cada vez más manifiestas y que cada vez más éstas definen espacios urbanos concretos. Se está configurando una nueva topografía social.

Secchi recuerda que la historia de la ciudad occidental puede escribirse haciendo referencia “a los sistemas de compatibilidad e incompatibilidad recíprocos entre personas, grupos sociales y actividades”. El miedo urbano y la construcción social de la peligrosidad de los grupos sociales pauperizados sigue siendo un factor de exclusión, pero es al mismo tiempo también un factor de cohesión grupal tanto para los “amenazados” (los que necesitan protegerse y exigen a la política pública que garantice su seguridad) como para los excluidos, porque el miedo que supuestamente proyectan sobre el resto de la población acaba siendo un factor de

cohesión grupal que conlleva el fermento de una violencia anómica resultado de su condición y estatus.

El autor recuerda los dispositivos securitarios que se utilizan en “la ciudad de los ricos”, en los barrios acomodados, para garantizar la seguridad de sus habitantes. También recuerda que en la llamada sociedad de la comunicación, la construcción social de la inseguridad y la responsabilización de la misma en los grupos sociales excluidos acaban teniendo efectos que van más allá del simple hecho de dinamizar la industria de seguridad. Genera segregación sobre parte de la población, crea espacios urbanos que funcionan como marcadores radicales de exclusión social (un tema que lentamente empieza a problematizarse en la Unión Europea y en España; por ejemplo, en este país en 2017 se presentó una propuesta no de ley por la que se establece que en los *curriculum vitae* de los aspirantes a un puesto de trabajo no se publicite el lugar de residencia del candidato). Esta segregación tiene un carácter clasista. Lo que produce miedo es la pobreza y los pobres, pero también opera con marcadores étnicos y culturales que se focalizan preferentemente en los trabajadores inmigrados y en minorías étnicas que ocupan espacios específicos en la jerarquía laboral.

Todo esto se enmarca en procesos conflictivos de construcción social y de fijación de los grupos sociales en una determinada estructura socio-urbana. El mercado y la dinámica capitalista tenderán a profundizar la segmentación y la separación del tejido urbano a partir de indicadores de clase social. Secchi señala que la ciudad es el espacio donde fructifican los procesos de diferenciación social que –utilizando el término de Pierre Bourdieu, *Distinción*– deben ser entendidos *como* un proceso continuo de separación espacial y simbólica de los habitantes de una misma ciudad con marcadores clasistas tales como el hábitat, el tipo de comercio, el grado de homogeneidad socioeconómica o también el acceso a bienes públicos como la sanidad o la educación de muy desigual calidad. En estos procesos, el urbanismo y

la política pública social tiene un rol fundamental. Pueden hacer bascular en un sentido o en otro las dinámicas de integración socio urbana o de segregación social en la ciudad. El autor cierra su reflexión con una puesta en valor de la acción colectiva y de las luchas ciudadanas para construir una ciudad más habitable, menos desigual y más democrática.

